

Huaynos

Canción y baile popular de origen (pre?) incaico
<http://es.wikipedia.org/wiki/Huayno> con grabación mp3

En la novela *Los ríos profundos* de José María Arguedas

A mi padre le gustaba oír huaynos ; no sabía cantar, bailaba mal, pero recordaba a qué pueblo, a qué comunidad, a qué valle pertenecía tal o cual canto. A los pocos días de haber llegado a un pueblo averiguaba quién era el mejor arpista, el mejor tocador de charango, de violín y de guitarra. Los llamaba, y pasaban en la casa toda una noche.

Los indios, en mayo, cantan un huayno guerrero:

Killinchu yau,
Wamancha yau,
urpiykitam k'echosk'ayki
yanaykitam k'echosk'ayki.
K'echosk'aykim,
K'echosk'aykim
apasak'mi apasak'mi
Killincha
wamancha

Oye, cernícalo,
oye, gavián,
voy a quitarte a tu paloma,
a tu amada voy a quitarte.
He de arrebátartela,
he de arrebátartela,
me la he de llevar, me la he de llevar,
¡oh cernícalo!
¡oh gavián!

Los hacendados de los pueblos pequeños ...en las fiestas salen a las calles y a las plazas, a cantar huaynos en coro y a bailar...

Era el único barrio donde había chicherías. Los sábados y domingos tocaban arpa y violín en las de mayor clientela, y bailaban huaynos y marineras...

Ellas sabían sólo huaynos del Apurímac y del Pachachaca, de la tierra tibia donde crecen la caña de azúcar y los árboles frutales. Cuando cantaban con sus voces delgaditas, otro paisaje presentíamos; el ruido de las hojas grandes, el brillo de las cascadas que saltan entre arbustos y flores blancas de cactus, la lluvia pesada y tranquila que gotea sobre los campos de caña; las quebradas en que arden las flores del pisonay, llenas de hormigas rojas y de insectos voraces:

¡Ay siwar k'enti!
amaña wayta tok'okachaychu,
siwar k'enti.
Ama jhina kaychu
mayupataman urayamuspa,
k'ori raphra,
kay puka mayupi wak'ask'ayta

k'awaykamuway.
K'awaykamuway
siwar k'enti, k'ori raphra,

¡Ay picaflor,
ya no horades tanto la flor,
alas de esmeralda.
No seas cruel
baja a la orilla del río,
alas de esmeralda,
y mírame llorando junto al
[agua roja,
mírame llorando.
Baja y mírame,
picaflor dorado,

llakisk' ayta,
purun wayta kirisk' aykita,
mayupata wayta
sak'esk' aykita.

toda mi tristeza,
flor del campo herida,
flor de los ríos
que abandonaste.

Yo iba a las chicherías a oír cantar y a buscar a los indios de hacienda...

Muchas veces, tres o cuatro alumnos tocaban huaynos en competencia. Se reunía un buen público de internos para escucharlos y hacer de juez. En cierta ocasión cada competidor tocó más de cincuenta huaynos.

Desde el patio empedrado, donde cantábamos huaynos jocosos y alegres, donde conversábamos plácidamente, oyendo y contando interminables historias de osos, ratones, pumas y cóndores.

Sin embargo, durante la noche, como un estribillo tenaz, escuché en sueños un huayno antiguo, oído en la infancia, y que yo había olvidado hacía ya mucho tiempo:

Apank' orallay, apank' orallay, Apankora, apankora,
apakullawayña, llévame ya de una vez;

tutay tutay wasillaykipi
uywakullawayña.
Pelochaykiwan
yana wañuy pelochaykiwan
kuyaykullawayña.

en tu hogar de tinieblas
críame, críame por piedad.
Con tus cabellos,
con tus cabellos que son la muerte
acaríciame, acaríciame.

...empezó a cantar un huayno cómico que yo conocía; pero la letra, improvisada por él en ese instante, era un insulto a los gendarmes y al salinero. Todos los del grupo formaron un coro. Alternaban cada estrofa con largas carcajadas. El cholo cantaba la estrofa, lentamente, pronunciando cada palabra con especial cuidado e intención, y luego la repetía el coro. Se miraban y volvían a reírse. Impusieron el canto en la chichería. Desde el interior empezaron a corearlo. Luego bailaron todos con esa melodía. Zapateaban a compás. Los descalzos, los de ojotas y los de zapatos golpeaban el suelo brutalmente. Los talones de los descalzos sonaban hondo; el cuero de las ojotas palmeaba el suelo duro y los tacos martilleaban. Parecía que molían las palabras del huayno.

Soldaduchapa riflink' a
tok'romantas kask' a
chaysi chaysi
yank' a yank' a tok' yan,
chaysi chaysi
yanka' yank' a tok' yan
Manas manas wayk' ey,
riflinchu tok' ro
alma rurullansi
tok' ro tok' ro kask' a.
Salineropa revolverchank' a
llama akawan
armask' a kask' a,
polverañantak'

El rifle del soldadito
había sido de huesos de cactus,
por eso, por eso,
truenas inútilmente,
por eso, por eso,
truenas inútilmente.
No, no, hermano,
no es el rifle,
es el alma del soldadito
de leña inservible.
El revólver del salinero
si estaba cargado
con excremento de llama,
y en vez de pólvora

mula salinerok'
asnay asnay supin.

y en vez de pólvora
pedo de mula salinera.

El arpista comenzó a tocar un huayno. No era de ritmo abanquino puro. Yo lo reconocí. Era de Ayacucho o de Huancavelica. Pero algo del estilo del Apurímac había en la cadencia del huayno. Cantó. El semblante de los pueblos de altura, del aire transparente, aparecieron en mi memoria:

Utari pampapi
muru pillpintucha
amarak wak'aychu
k'ausak' rak'mi kani
kutipamusk'aykin
vueltamusk'aykin
Nok'a wañuptiyña
nok'a ripuptiyña
lutuyta apaspa
wak'ayta yachanki

En la pampa de Utari,
mariposa manchada,
no llores todavía,
aún estoy vivo,
he de volver a ti,
he de volver.
Cuando yo me muera,
cuando yo desaparezca
te vestirás de luto
aprenderás a llorar.